

E. MIRET MAGDA LENA

CUALQUIERA que lea alguna de las Vidas de Jesús, que publicaban los católicos hasta hace bien pocos años, se indignaría contra un título como el de este artículo, ya que en ellas se da por supuesto que Jesús fue un gran personaje de la Historia, pero que estuvo por encima de los concretos problemas de su tiempo. Era, según ellos, un predicador religioso, que pagó con su vida esta actitud, debido a la inquina que le tenían los detentadores de la religión en su tiempo.

Este planteamiento no coincide con aquello que nuestra fe de cristianos ha afirmado siempre: que Jesús era un hombre pleno. Y si fue este hombre integral, resulta raro que no tuviera una dimensión social y política en relación con los problemas de su época, con aquello que inquietaba a sus compatriotas y que era objeto de constante conversación en el pueblo: la dominación romana y los males político-sociales que sufrían los hombres.

Cuando más, en estas Vidas, se alude a la severa actitud que, con las riquezas egoístamente poseídas, tuvo el fundador del cristianismo. Pero pasamos por alto toda suerte de detalles que revelan una actitud que no es nada aséptica respecto a los problemas temporales. Lo que tampoco es verdad hacer de Jesús un revolucionario de las macroestructuras, como hoy algunos cristianos bienintencionados pretenden hacerle. Ni lo uno ni lo otro: fue un hombre de su tiempo; y entonces la sociedad no había adquirido conciencia de la necesidad de este cambio de macroestructuras.

Si Jesús fue un hombre completo tenía que estar comprometido con las cosas de este mundo. El hombre, como dijo Aristóteles hace un buen montón de siglos, es un "zoon politikon", y nuestros teólogos clásicos de Salamanca afirmaron en el siglo XVI lo mismo. Para ellos, el cristiano tiene una dimensión política cuyas características básicas derivan del Evangelio. La libertad política; el consentimiento del pueblo; la propiedad social; el mutuo respeto de Estado e Iglesia, conservando su autonomía e independencia; la tolerancia religiosa de otros cultos que no vayan contra la moral natural, constituyen las bases de esa finalidad que ponían al Estado y que resumía el jesuita padre Pedro Rivadeneira con la expresión "felicidad política". Todo ello lo dedujeron de la entraña misma del Evangelio y, a diferencia de otros grupos religiosos, nunca se inclinaron, inspirados en conveniencias humanas de grupo, por el poder absoluto de los reyes, ni por la imposición de una religión por los gobernantes, ni por la teocracia.

La principal característica que se encuentra en Jesús, y que ha sido desvirtuada por los fautores de biografías religiosas del Maestro, es su inconformismo.

Con la familia adopta una actitud crítica cuando ésta se cierra a cualquier apertura de responsabilidad social. A él mismo su parien-

tes más cercanos le consideran "un exaltado", y pretenden separarle de su actividad social ya que no acepta esta idea de familia cerrada que había en aquel tiempo y que continúa hoy.

No termina ahí su inconformismo. Continúa éste con su desprecio de cualquier título social, que tan estimados eran por los judíos en aquel tiempo. Rechaza Jesús a los que pretenden darle el título de "Maestro", que era codiciado por todos los que descollaban en medio del común de los mortales.

Con el poder económico abundan sus expresiones y actitudes duras. Basta recordar las palabras, que transcribe el evangelista Lucas, de las cuatro maldiciones de Jesús contra los ricos, contra los que están hartos, contra los

JESUS. ¿HACIENDO POLITICA?

que gozan sin consideración por los demás y contra los que quieren ser famosos a toda costa. Lo mismo veríamos en el "revolucionario" himno que canta María cuando va a nacer Jesús y que llamamos corrientemente el Magnificat, y en donde las palabras contra los fuertes de este mundo parecen casi un mitin de la izquierda: "Derribó a los poderosos de sus solios y exaltó a los humildes; a los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada".

En política no tuvo ningún empacho en estar lo más cerca posible de los más inconformistas de la época, los zelotes, que eran los mayores enemigos de la dominación romana, algunos de los cuales creían ingenuamente que sólo con la violencia se podría derrocar al dominador, sin conseguirlo nunca por este camino. De sus doce Apóstoles, varios fueron probablemente seguidores de este grupo político: los dos Judas, San Pedro, Santiago y Juan, según deducen hoy los especialistas de la Biblia. Por si esto fuera poco, hemos de saber que los últimos estudios históricos sobre la muerte de Jesús indican que "desde el punto de vista romano Jesús fue un enemigo" (J. Carmichael); y O. Cullman ha averiguado que "Jesús fue condenado por Pilato como rebelde político zelote, al modo romano con cruz e inscripción". La idea de que los judíos fueron responsables de su muerte, ha pasado a la Historia: "Los judíos no fueron responsables de su Crucifixión..., y sólo algunos saduceos aristócratas participaron en su arresto, indagación preliminar y en la entrega a Pilato" (J. Klausner, Jesús de Nazaret. Ed. Paidós).

Su desprecio público por Herodes fue manifiesto cuando le llamó "zorro", que en el lenguaje de la época quiere decir "don nadie". Y la frase "dad al César lo que es del César", que tanta tinta ha hecho correr como si se tratase del fundamento de una filosofía de las relaciones entre Iglesia y Estado, sólo quería ser una frase de irónico desprecio de la política dominadora del César.

A todo esto se añade su inconformismo con la estructura egoísta de la sociedad que le rodeaba, cuando dice "mi realeza no pertenece al mundo este", usando un tono bastante despectivo, porque su manera de pensar sobre las relaciones sociales de los hombres no está de acuerdo con los sistemas y modelos que él ve. Lo que pretende es "unos nuevos cielos y una nueva tierra" (S. Pedro), en la línea de los profetas sociales, como Isaías y Amós, cuando describen una sociedad feliz y de convivencia pacífica con estas expresiones líricas: "forjarán rejas de arado de sus espadas y podaderas de sus lanzas", "ya no existirá el tirano...; seréis liberados todos los confines de la tierra...; no padecerán más hambre ni tendrán más sed". Y su religiosidad está encarnada en las cosas de este mundo, en vez de estar dirigida a un culto fastuoso y evadido de las cosas humanas: "El ayuno que yo quiero es dejar libres a los oprimidos, partir su pan con el hambriento, vestir al desnudo, dar techo al que no tiene casa".

Si esto no es política, sería necesario que nos entendiéramos acerca del significado de nuestras palabras más corrientes. Es cierto que, por otro lado, Jesús predicó siempre la no-violencia, pero eso no quiere decir que su actitud fuese desentenderse de la que podríamos llamar política de izquierdas de su tiempo, ya que, como dice el teólogo católico A. Lápplé, "simpatiza con los zelotes" (A. Lápplé, Jesús de Nazaret).

Pero su política fue una alta política y no una pequeña política; una alta política, que puede servir a cualquier creyente de base para elegir el sistema técnico de organización de la sociedad más adecuado en cada tiempo, ya que Jesús dejó un ancho campo a los cristianos de cada época para concretar sus decisiones políticas, siempre y cuando se inspirasen en estas actitudes básicas que eran para todos los tiempos, porque son el fundamento de una sociedad más humana, más satisfactoria, más libre y más justa construida por los propios hombres.

Los que quieren ser cristianos y católicos deben reflexionar sobre todo ello y aceptarlo, sin escandalizarse de que la Iglesia se inspire en ello para ejercer su libertad de crítica, de expresión y de reunión; y hacer leer en el templo documentos, como el del Cardenal Tarancón, oponiéndose a la suspensión de la Asamblea General de los Cristianos de Vallecas, sin que nadie —como ocurrió en mi parroquia— se rasgue las vestiduras y se salga del templo, porque eso revela que no se entiende a Jesús.